

ROL DEL TRABAJADOR SOCIAL EN EL PROCESO DE CAMBIO

Pablo Freire

Nuestro aporte se centra en la discusión del “Rol del trabajador social en el proceso de cambio”.

Nos parece indiscutible que nuestra primera preocupación debe ser la de ejercer una reflexión sobre la frase misma que se nos plantea.

La ventaja fundamental de proceder así está en que la frase presupuesta se devela ante nosotros en su comprensión profunda. El adentramiento que hagamos en ella desde un punto de vista crítico nos posibilitará percibir la interacción de sus términos en la constitución de un pensamiento estructurado, que envuelva un tema significativo.

Nos será posible -dígase desde ya- la discusión del tema contenido en la frase planteada, si no se tiene de él una comprensión común, aunque del mismo se tengan puntos de vista diferentes.

Este adentramiento crítico en la frase propuesta, que nos lleva a la aprehensión más profunda de su significado, supera la percepción ingenua que, si es simplista simplista, nos deja en la periferia de todo lo que tratamos.

Para el punto de vista crítico, que es el que aquí defendemos; la operación de “mirar” implica otra: la de “admirar”. Admiramos y, el adentrarnos en lo admirado, lo miramos de dentro y desde adentro, lo que nos hace **ver**.

En la ingenuidad, que es una forma “desarmada” de enfrentamiento con la realidad, miramos apenas y, porque no admiramos, no podemos mirar desde adentro lo mirado, lo que nos lleva a ver el puro mirado.

Por ello es necesario que admiremos la frase propuesta para, mirándola desde adentro, reconocerla como algo que jamás podrá ser reducido o rebajado a mero cliché.

La frase en discusión no es un conjunto de meros sonidos, un rótulo estático, “una frase hecha”. Como dijimos, involucra un tema significativo. Ella es, en sí, un problema, un desafío.

Mientras solamente miramos la frase como un cliché, quedándonos en su periferia, probablemente no haremos otra cosa sino disertar sobre otros clichés que nos hayan sido “depositados” o, en otras palabras, sobre conceptos temáticos que nos fueran planteados como clichés.

Ahora bien, la operación referida de adiestramiento crítico en el texto propuesto, que nos permite la comprensión de su contexto total en el cual se encuentra el tema desafiador, nos va a posibilitar otra operación fundamental: la de la escisión del contexto en sus partes constitutivas.

Esta escisión del contexto total en sus partes que, en interacción, lo constituyen, nos permite retornar a él, de donde partimos en la operación de la admiración alcanzando, de esta manera, una comprensión más vertical y también dinámica de su significación.

Si, después de la admiración del texto que nos permitió la comprensión del contexto total, intentamos la operación de escisión; constatamos, a través de ésta, la interacción referida entre sus partes que, por ello mismo, se nos presentan como “co-responsables” por la significación total del texto.

Admirar, mirar desde adentro, escindir para volver a mirar el todo admirado, que son un ir hacia el todo; un volver de él hacia sus partes, lo que significa escindirlas, son operaciones que sólo se dividen por la necesidad que el espíritu tiene de abstraer para alcanzar lo concreto. En el fondo son operaciones que se implican dialécticamente.

Ahora bien, al admirar y al mirar desde adentro la frase que involucra un tema desafiador; al escindirla en sus elementos, descubrimos que el término **rol** se halla modificado por una expresión restrictiva, que delimita su “extensión”: del **trabajador social**. En ésta, por otro lado, **hay un calificativo –“social”-** que incide sobre la “comprensión”¹ del término “**trabajador**”.

Esta sub-unidad de la estructura general –rol del trabajador social- se liga a la segunda -el proceso de cambio- que representa, según la comprensión de la frase, “dónde” el **rol** se cumple, a través del correctivo **en**.

Con todo, hay algo que considerar después de este análisis. Es que a través de él, queda claro que el rol del trabajador social se da en el proceso de cambio. Esta es, indudablemente, la inteligencia de la frase en estudio.

Esta no será, sin embargo, la misma conclusión a la que llegaremos al analizar, no ya la frase misma, sino el quehacer del trabajador social. Al hacerlo descubriremos un equívoco en la frase propuesta, puesto que el rol del trabajador social en un proceso de cambio no es en sí mismo, sino en un dominio más amplio. Dominio del cual el cambio es una de las dimensiones.

No hay permanencia del cambio fuera de lo estático, ni de éste fuera del cambio. Lo único que permanece en la estructura social, realmente, es el juego dialéctico cambio-estabilidad. De esta forma, la esencia del ser de la estructura social no es el cambio ni lo estático tomados aisladamente, sino la “duración” de la contradicción entre ambos.

Desde luego, este dominio específico en el cual actúa el trabajador social es la estructura social.

De ahí que se nos imponga, también, captarla en su complejidad. Si no la entendemos en su dinamismo y en su estabilidad, no tendremos de ella una visión crítica.

En efecto, el cambio y la estabilidad, ambos son elementos constitutivos de la estructura social.

No hay ninguna realidad estructural que sea exclusivamente estática, como no la hay absolutamente dinámica.

La estructura social no podría ser solo cambiante, puesto que, si no hubiera lo opuesto al cambio, no la sabríamos, siquiera, “en cambio”. No podría ser, tampoco, sólo estática, puesto que si así fuera, ya no sería humana, histórica y, al no ser histórica, no sería estructura social.

En verdad, en la estructura social no hay estabilidad de la estabilidad, ni cambio del cambio. Lo que hay es la estabilidad y el cambio de formas dadas. De ahí que se observen aspectos de una misma estructura visiblemente cambiantes, contradictorios con otros que, alcanzados por la “demora” y por la “resistencia” culturales, se mantienen reacios a la transformación.

¹ La extensión de un término es un número de individuos a los cuales se aplica el término. En el caso del término rol su extensión es el conjunto de quehaceres que puede llamarse rol. La comprensión, a su vez, es la suma de cualidades que dan la significación del término. Cuanto mayor es la comprensión de un término menor es su extensión y viceversa. Entre los términos hombre y científico, éste tiene una comprensión mas grande y una extensión menor. Todo científico es hombre (genéricamente hablando), sin embargo no todo hombre es científico.

Pero, si toda estructura social² que es histórica, tiene como expresión de su forma de ser, la “duración” de la dialécticidad cambio-estabilidad, se nos exige una mirada crítica hacia ellos. ¿Qué son? ¿Son un “en sí”, algo dependiente de la realidad a la cual comandasen?. ¿Un engaño de la percepción?. ¿Meras apariencias?.

Realmente, cambio y estabilidad resultan (ambas) de la acción, del trabajo que el hombre ejerce sobre el mundo. Como un ser de la praxis, el hombre, al contestar a los desafíos que parten del mundo crea su mundo: el mundo histórico-cultural.

Mundo de acontecimientos, de valores, de ideas, de instituciones. Mundo de la opinión y mundo del saber. Mundo de la ciencia, de la religión, de las artes. Mundo de las relaciones de producción, mundo, finalmente, humano.

Todo este mundo histórico-cultural, producto de la praxis humana, se vuelve sobre el hombre, condicionándolo. Creado por él, no puede el hombre, sin embargo, huir de él. No puede huir del condicionamiento de su propia producción.

Como dijimos antes, no hay estabilidad de la estabilidad, ni cambio del cambio, sino estabilidad y cambio de algo.

Ahora bien, dentro de este universo creado por el hombre, el cambio y la estabilidad de su propia creación aparecen como tendencias que se contradicen.

Esta es la razón por la cual no hay mundo humano, excepto de estar en contradicción. Por esto, del mundo animal no se puede decir que está **siendo**, mientras el mundo humano solo **es** porque **está siendo** y sólo **está siendo** en la medida en que se **dialectizan** el cambio y lo estático.

Mientras el cambio implica, en sí mismo, una ruptura, ora lenta, por culpa de la inercia, la estabilidad encarna la tendencia a ésta, por la cristalización³ de la creación. Mientras la estructura social se renueva a través del cambio de sus formas, del cambio de sus instituciones económicas, políticas, sociales, culturales, la estabilidad representa la tendencia a la “normalización” de la estructura.

De esta manera, no se puede estudiar el cambio sin estudiar la estabilidad: estudiar el uno es estudiar la otra. Así también, tenerlo como objeto de la reflexión es someter la estructura social a la misma reflexión como reflexionar sobre ésta es reflexionar sobre ellos.

Hablar, pues, del “rol del trabajador social” implica el análisis del cambio y de la estabilidad como expresiones de la forma de ser de la estructura social. Estructura social que se ofrece a él como campo de su quehacer.

De este modo el trabajador social que actúa en una realidad que permanece para, a su vez, cambiar necesita estar advertido de que, como hombre, solamente se puede atender o explicar a sí mismo como un ser en

² “Duración” es un concepto bergsonian, sinónimo de tiempo real, Bergson lo opone al tiempo artificial o cuantitativo de los matemáticos y de los físicos. Considera la duración –como un proceso- el aspecto más importante de la vida humana. Al aplicar su concepto de “duración” para caracterizar la contradicción estabilidad-cambio, como un proceso que se da permanentemente en el tiempo real de la estructura, que es un tiempo vivido por los hombres, no estamos aceptando su “intuicionismo” en la captación de la realidad.

³ La cristalización de hoy es el cambio que se operó ayer en la otra cristalización. Por ello es que nada nuevo nace de sí mismo, si no de lo viejo que antes fue nuevo. Por ello también, todo lo nuevo al tomar forma, hace su “testamento” al nuevo que nacerá de él cuando se agote y quede viejo.

relación con esta realidad; de que su quehacer en esta realidad se da con otros hombres, tanto cuanto el, condicionados por la realidad dialécticamente permanente y cambiante y que, finalmente, necesita conocer la realidad en la cual actúa con otros hombres.

Este conocimiento, sin embargo, no puede reducirse al nivel de la pura opinión –doxa- sobre la realidad. Se hace necesario que se agregue el área de la mera “doxa” el saber, “noxa” y así, encauzarse hacia la percepción del ontos-esencia de la realidad⁴. Este movimiento de la pura “doxa” al “logos” no se hace, sin embargo, mediante un esfuerzo estrictamente intelectualista, sino en la indivisibilidad de la reflexión y de la acción: en la **praxis humana**.

En la acción que provoca una reflexión que se vuelve sobre ella, el trabajador social irá detectando el carácter preponderante de cambio o estabilidad en la realidad social en la cual se halla. Irá percibiendo las fuerzas que, en la realidad social, están con el cambio y aquellas que están con la permanencia. Las primeras mirando hacia el frente, en el cauce de la historia, que es también la futuridad que debe ser hecha: inscribirse en ellas es postura progresista. Las segundas, mirando hacia atrás, pretenden frenar el tiempo y asumen una posición anti-cambio.

Es necesario, todavía, que el trabajador social tome en cuenta algo ya enfatizado en otras consideraciones: que la estructura social es obra de los hombres y que, si así es, su transformación también será obra de los hombres. Esto significa que la tarea fundamental de ellos es la de ser sujetos y no objeto de la transformación. Tarea que les exige, durante su acción en y sobre la realidad, la profundización de su toma de conciencia de la realidad, objeto de acciones contradictorias de quienes pretenden mantenerla como está y quienes pretenden transformarla.

Por todo esto, el trabajador social no puede ser un hombre neutro frente al mundo, un hombre neutro frente a la deshumanización; frente a la permanencia de lo que ya no representa los caminos de lo humano o al cambio de estos caminos.

El trabajador social, en cuanto hombre, tiene que hacer y asumir su opinión. O se adhiere al cambio que se encauce en el sentido de la humanización verdadera del hombre, de su más ser, o queda en favor de la permanencia.

Esto no significa, con todo, que deba, en su labor pedagógica, “prescribir” su acción a los demás. Si actuara de esta forma, aunque afirme su opinión por la liberación del hombre, por su humanización, estará, contradictoriamente, trabajando por su manipulación. **La prescripción, que conduce a la manipulación, es acción domesticadora** (no liberadora) del hombre.

De este modo, la opción que haga el trabajador social irá a determinar su rol como sus métodos y sus técnicas de acción. Es una ingenuidad pensar en un rol abstracto, en un conjunto de métodos y técnicas neutras, para una acción que se da entre hombres en una realidad que no es neutra. Esto solo sería posible si fuera posible el absurdo de que el trabajador social no fuera hombre sometido, como los demás, a los mismos condicionamientos de la estructura social que exige de él, como de los demás, una opción frente a las contradicciones constituyentes de la estructura. Así es que, si la opción del trabajador social es por el anti-cambio, su acción y los métodos adoptados se

⁴ A este propósito ver Eduardo Nicol: “los problemas de la ciencia” F.C.D. 1965.

orientarán en el sentido del freno de las transformaciones. En lugar de desarrollar una labor a través de la cual la realidad objetiva, la estructura social, se vaya develando a él y a los hombres con quienes trabaja, en un esfuerzo crítico común, se preocupará por mitificar la realidad. En lugar de tener en esta una situación problemática que lo desafía a él y a los hombres con quienes debería estar en comunicación, su tendencia, (por el contrario), será inclinarse por soluciones de carácter asistencialista. En lugar de sentirse como trabajador social, un hombre al servicio de la liberación, de la humanización –fundamental vocación del hombre- teniendo a la liberación como una amenaza a lo que considera su paz, se encauza en el sentido del freno. Encauzarse en el sentido del freno no es otra cosa sino pretender, con acciones y reacciones, “normalizar” la estructura social a través del énfasis en la estabilidad, en su juego con el cambio.

El trabajador social que hace esta opción, y casi siempre lo intenta, aparentando su adhesión al cambio, pero quedando, sin embargo, en los medios cambios, asume –de hecho- una forma de no cambiar.

Una de las señales de la opción anti-cambio son las inquietudes acríicas del trabajador social frente a las consecuencias del cambio; son su recelo casi mágico a lo novedoso que es, para él, siempre una interrogación, cuya respuesta le parece amenazar su estatus social. De ahí que, en sus métodos de acción, no haya lugar para la comunicación, para la reflexión crítica, para la acción creadora, para la colaboración, si no para la manipulación ostensiva o disfrazada.

El trabajador social que opta por el anti-cambio no puede, realmente, interesarse porque los individuos desarrollan una percepción crítica de su realidad. **No puede interesarse por que ellos ejerciten una reflexión mientras actúan**, sobre la propia percepción que tengan de la realidad. No le interesa esta vuelta de la percepción sobre la percepción condicionada por la estructura social en que se encuentran.

En el momento en que los individuos, actuando y reflexionando, son capaces de percibir el condicionamiento de su percepción por la estructura en que se hallan, su percepción cambia, aunque esto signifique, todavía, el cambio de la estructura. Pero, el cambio de la percepción de la realidad, que antes era mirada como algo inmutable, significa para los individuos percibirla como realmente lo es: Una realidad histórico-cultural; por ello, humana creada por los hombres y que puede ser transformada por ellos.

La percepción ingenua de la realidad, de la cual resultaba una postura fatalista frente a ella –y que era condicionada por la propia realidad- cede su lugar a una percepción que es capaz de percibirse. Y, si es capaz de percibirse mientras percibe una realidad que le parecía un “en sí” inexorable, es capaz de objetivarla, descubriendo el hombre su presencia creadora y potencialmente transformadora de esta realidad. El fatalismo frente a la realidad, característico de la percepción distorsionada, cede su lugar a la esperanza. Una esperanza crítica, que mueve los hombres hacia el cambio.

Este, indudablemente, es el objetivo del trabajador social que opta por el cambio. De ahí que su rol sea otro y que sus métodos de acción no puedan confundirse con aquellos recién descritos, característicos de la opción anti-cambio.

El trabajador social que opta por el cambio no teme a la libertad, no prescribe, no manipula; no huye de la comunicación, por el contrario, la busca

o, más que la busca, la vive. Todo su esfuerzo, de carácter humanista, se centra en el sentido de la desmitificación del mundo, de la desmitificación de la realidad. Ve en los hombres con quienes -jamás “sobre” quienes o contra quienes- trabaja, personas y no “cosas”; sujetos y no objetos. Y, si en la estructura social, concreta, objetiva, los hombres están siendo puros objetos, su opción inicial lo empuja hacia la tentativa de superación de la estructura para que pueda operarse la superación, también, del estado en que están de objetos por el de sujetos.

El trabajador social que opta por el cambio no ve en este una amenaza. Adhiere el cambio de la estructura social porque reconoce esta obviedad: **que no puede ser trabajador social si no es hombre, si no es persona y que la condición para ser persona es que los demás también lo sean.** El está convencido de que la declaración de que el hombre es persona y, como persona es libre, que “no está asociado a un amoroso y valiente esfuerzo de transformación de la realidad objetiva en la cual los hombres se hallan cosificados”, es una afirmación que carece de sentido.

Humilde en su labor, no puede aceptar, sin una justa crítica, el ingenuo contenido de la “frase hecha”, y tan generalizada, según la cual él es el “agente de cambio”.

En primer lugar, si él fuera el “agente de cambio”, no sería agente del cambio, sino agente del cambio de la estructura social.

Su acción, como agente del cambio, tendría en la estructura social su incidencia, su objeto. La estructura social, sin embargo, no existe sin los hombres que, tanto cuanto él, en ella están. Ahora bien; al reconocerse como el “agente de cambio” se atribuye a sí la exclusividad de la acción transformadora que, indudablemente, en una concepción humanista, cabe a los demás hombres realizar también. Si su opción es por la humanización, no puede, entonces, aceptar que sea el agente del cambio, sino uno de sus agentes.

El cambio no es tarea exclusiva de algunos hombres, sino de los hombres que optan por él. A éstos, el trabajador social tiene que reconocer tan sujetos cuanto él del proceso de la transformación. Y si, en circunstancias determinadas -ya referidas en este estudio- la estructura social viene obstaculizando que los hombres sean sujetos, su papel no es el de enfatizar el estado de objetos en que se encuentran, pensando que así puedan tornarse sujetos, sino problematizarles este estado.

Otro aspecto fundamental que no pueda pasar inadvertido al trabajador social que hace la opción por el cambio es el de que la estructura social, que debe ser cambiada, es una totalidad. El objetivo de la acción del cambio es la superación de una totalidad por otra, en que la nueva nace de la vieja, lo que significa que la nueva no siga presentando la contradicción estabilidad-cambio, que, como dijimos, constituye la “duración” de la estructura social, a la vez que es histórico-cultural.

Si la estructura social es una totalidad, significa la existencia, en sí, de partes que, en interacción, la constituyen.

Una de las cuestiones fundamentales que se plantea a sí mismo el trabajador social que opta por el cambio, es la de la validez o no de los cambios parciales o del cambio de las partes, antes del cambio de la totalidad.

¿Qué debe hacerse: cambiar las partes y, así, alcanzar la totalidad, o cambiar ésta, para así cambiar aquellas, que son sus constituyentes?⁵

Afirmamos, en el cuerpo de este estudio, que no hay cambio del cambio, ni estabilidad de la estabilidad, sino cambio y estabilidad de algo.

La estabilidad y el cambio en y de una estructura no pueden ser vistos a un nivel meramente mecanicista, como piensan algunos, en que los hombres fueran simples objetos del cambio o de la estabilidad que se erigieran en fuerzas a-humanas o sobre-humanas, bajo las cuales, los hombres debieran quedar dóciles y adaptados.

Es la razón misma de que no hay estructura social que no sea humana (o histórica) la estabilidad y el cambio en y de una estructura implican la presencia de los hombres.

Estos a su vez, se dividen entre quienes “desean” o no el cambio o la estabilidad.

Sería una ilusión ingenua pensar que no se organizaran en instituciones, organismos, grupos, de carácter ideológico, para la defensa de sus opciones elaborando, en función de éstas, su estrategia y sus tácticas de acción.

Ahora bien, el problema máximo que se plantea a quienes por una cuestión misma de viabilidad histórica, no tienen otro camino, sino el cambio gradual de las partes con el cual pretenden alcanzar el cambio de la totalidad, está en que, al cambiar una de las dimensiones de la estructura, las respuestas a este cambio no tardarán. Son respuestas de carácter estructural y respuestas de carácter ideológico. De un lado son las demás dimensiones de la realidad que, al conservarse como están, obstaculizan el proceso de transformación de la dimensión sobre la cual está incidiendo la acción cambiante; de otro, son las fuerzas contrarias al cambio que tienden a robustecerse frente a la amenaza concreta del cambio de una de las dimensiones de la transformación.

Sería otra ingenuidad pensar que las fuerzas contrarias al cambio no percibieran que el cambio de una parte apunta al cambio de otra, de otra más, hasta que llega al cambio de la totalidad, como ingenuidad sería también no contar con su reacción, siempre más fuerte, a estas transformaciones parciales.

Esta es la razón por la cual una estructura social que viva este momento histórico tiende a vivir también y, necesariamente, la profundización del antagonismo entre los que quieren y los que no quieren el cambio.

Y, en la medida en que este antagonismo crece, se instaura un clima de “irracionalismo” que genera nuevos mitos auxiliares de manipulación por parte del “statu-quo”.

El papel del trabajador social que opta por el cambio en un momento histórico como éste, no es propiamente el de crear mitos contrarios, sino el de,

⁵ Descartamos, en esta discusión, una forma distorsionada de percepción de las partes, por su absoluta ingenuidad. Nos referimos a la percepción de las partes como absolutos en sí, no teniendo nada que ver las unas con las otras en la constitución de la totalidad.

La realidad en esta percepción, que genera una concepción, también falsa, de que la acción no llega a constituir una estructura en el sentido propio de la palabra. Se “presentifica” al sujeto de esta percepción “focalísticamente”.

De esta forma, la acción que parte de la concepción que se genera en esta falsa percepción ya nace inoperante.

De ahí que, en lugar de prolongarse en acción transformadora quede en soluciones puramente asistencialistas.

al problematizar la realidad de los hombres, proporcionar la desmitificación de la realidad mitificada.

A los mitos, que constituyen elementos básicos de la acción manipuladora de los individuos, tiene que responder con su **organización crítica**. No es posible responder con la manipulación a la manipulación que los que están contra el cambio realizan. Y no es posible por la simple razón de que la manipulación es instrumento de la deshumanización –conciente o no, poco importa- mientras la tarea de cambiar, de quienes están con el cambio, sólo se justifica en su finalidad humanista. Es posible servir a esta finalidad con instrumentos y medios que no sirven a la otra.

Esta es la razón por la cual el trabajador social humanista no puede transformar su “palabra” en mero activismo, ni tampoco en palabrería, puesto que el uno y la otra nada transforman realmente. Por el contrario, será tan más humanista cuanto su quehacer sea más verdadero, **sea praxis**: su acción y su reflexión con la acción y la reflexión de los hombres con quienes tiene que estar en comunión, en colaboración, en convivencia.

Observemos otro aspecto, que se presenta como otro punto crucial en la destrucción de un cambio de una estructura social, y del cual no puede dejar de estar inadvertido el trabajador social.

Si es ingenua una visión focalista, desde adentro de la realidad, que la reduzca a partes que nada tengan que ver entre sí en la constitución de la totalidad, no lo es menos tener de la estructura social una visión que la absolutice. Así como, en nuestra estructura social, las partes conforman un todo, se encuentran en interacción con otras estructuras sociales.

Estas interrelaciones pueden darse entre sociedades-sujetos con otras sociedades-sujetos. Otra es de sociedades-sujetos hacia sociedades-objetos. El primer tipo caracteriza las relaciones entre sociedades “seres para sí”, el segundo, las relaciones antagónicas entre sociedades “seres para sí” y sociedades “seres para otro”.

Desde un punto de vista filosófico, un ser que ontológicamente es “para sí”, se “transforma **en** ser para otro” cuando, perdiendo el derecho de decidir, no opta y sigue las prescripciones de otro ser.

Sus relaciones con este otro tipo son las que Hegel llama de “conciencia servil a conciencia señorial”⁶

La sociedad, cuyo centro de decisión no se encuentra en su ser, sino en el ser de otra, se comporta con relación a ésta como un “ser para otro”.

La ciencia política, la sociología, la economía y no solamente la filosofía, tienen, a estas relaciones como objeto de sus análisis específicos, dentro del marco general que constituye lo que llaman **dependencia**.

Aunque la transformación verdadera de una “sociedad-objeto” tenga que ser hechas por sus hombres, por ella misma, y no por la “sociedad-sujeto” con la cual este en dependencia porque, objetivamente no es posible negar el fuerte condicionamiento al cual esta sometida en el esfuerzo de su transformación.

Esta es la razón por la cual no siempre es viable a quienes realmente optan por la transformación, hacerla como les gustaría y en el momento que

⁶ Hegel- “Fenomenología del Espíritu” Fondo de Cultura- México. 1996.

preferieran. Además del deseo de hacerlas, hay un **viable** y un **inviable**⁷ histórico del hacer.

Cualquiera que sea, sin embargo, el momento histórico en que esté la sociedad, sea el de lo viable o inviable histórico, el papel del trabajador social que optó por el cambio, no puede ser otro sino el de actuar y reflexionar con los individuos con quienes trabaja para concientizarse juntamente con ellos en las reales dificultades de la sociedad.

Esto implica la necesidad constante que tiene el trabajador social de ampliar sus conocimientos cada vez más no sólo desde el punto de vista de sus métodos y técnicas de acción, sino de los límites objetivos con los cuales se enfrenta en su quehacer.

Otro punto que exige del trabajador social también una reflexión crítica (y que se encuentra en el centro mismo de estas consideraciones), es el que dice relación al **cambio cultural**. Cambio cultural en torno del cual tanto se habla. Educación y cambio cultural; reforma agraria y cambio cultural; desarrollo y cambio cultural, son algunas de las expresiones en que el cambio cultural aparece, ora como un “asociado consecuente”, ora como un “asociado eficiente” del quehacer implícito en los términos a él referidos: educación, reforma agraria, desarrollo, etc.

¿Qué es el cambio cultural? Antes de contestar esta pregunta, ya estamos frente a otra: ¿Qué es lo cultural? Responder a esta pregunta implica volver a nuestro pensar críticamente hacia la estructura social para intentar sorprender el cómo original de su constitución.

La estructura social, precisamente porque es social, es humana. Si no fuera humana, sería una mera “estructura soporte” como lo es para el animal que, que como “un ser en sí” no es capaz de “significarla animalmente”.

El hombre, por el contrario, transforma con su trabajo lo que sería su soporte⁸. Si no pudiera transformarlo, crea su estructura, que se hace social y en la cual se hace el “yo social”.

En las relaciones permanentes hombre-realidad; hombre-estructura; realidad-hombre; estructura-hombre se origina la dimensión de lo cultural que, en sentido amplio, antropológico descriptivo, es todo lo que el hombre crea y recrea.

Cultural, en este sentido, que es el que aquí nos interesa, tanto es un instrumento primitivo de caza de guerra, como lo es el lenguaje o la obra de Picasso.

Todos estos productos que resultan de la acción del hombre; todo el conjunto de sus obras, materiales o espirituales, por ser productos humanos, que se desprenden del hombre, se vuelven hacia él y lo marcan, condicionándole formas del ser y de comportarse, culturales también.

En este aspecto, indubitadamente, la manera de andar, de hablar, de saludar, de vestir; las preferencias gustativas, son culturales.

Cultural también es la percepción que tienen los hombres o que están teniendo, de su propia cultura, de su realidad⁹.

⁷ Ningún inviable histórico, sin embargo, es absoluto, pues que, si así fuera, no sería histórico. Un viable histórico lo es hoy, pero no necesariamente mañana.

⁸ Sobre mundo humano y soporte animal, ver “A propósito del tema generador” Paulo Freire – Documentos- ICIRA- 1968.

⁹ “La percepción social es más bien un producto, un derivado de las relaciones humanas”. Robert K. “Teorías de estructuras sociales” –Fondo de Cultura-México-2a. Edición- 1964, pág.

Ahora bien, las expresiones “educación y cambio cultural”; “reforma agraria y cambio cultural”; “desarrollo y cambio cultural” no tienen la misma significación en estructuras sociales que estén en momentos históricos distintos.

El cambio cultural, en sentido amplio, será o no un “asociado consecuente” o “eficiente” del quehacer referido a él, conforme se encuentre concretamente o no, transformando la estructura social.

El hecho, con todo, de una estructura social que se transforma totalmente para provocar el cambio cultural como un “asociado consecuente” de la transformación estructural, no significa que la nueva estructura prescindiera de una labor direccionada hacia el cambio cultural¹⁰. Y esto porque, lo que se había consubstanciado en la vieja estructura, sigue en la nueva hasta que ésta, a través de la experiencia histórica de los hombres en ella, “proporcione” formas de ser correspondientes no más a la anterior estructura, sino a la nueva.

En el caso contrario, en el que la estructura social todavía no se ha transformado y en la cual se enfrentan los que quieren el cambio con los que no lo quieren, el cambio cultural referido a cualquier quehacer, sólo tiene una dimensión “realmente importante” en que pueda aparecer como “asociado eficiente” del quehacer.

Esta es la dimensión en la cual se busca operar el cambio de la percepción de la realidad, que hay que seguir, como afirmamos, aún cuando la estructura esté transformada en su totalidad. En este momento, por lo mismo ya dicho, con las facilidades que antes no había.

El cambio de la percepción de la realidad, que no puede darse a nivel intelectualista, sino de la acción y de la reflexión, en momentos se torna, como “asociado eficiente”, instrumental para la acción del cambio.

De este modo, la realidad objetiva, al condicionar la percepción que tienen los individuos en ella, condiciona su forma de enfrentarla, sus perspectivas, sus aspiraciones, sus expectativas. Condiciona, además, los varios niveles de percepción que, a su vez, explican las formas de acción de los individuos.

Hasta el momento en que la realidad sea percibida como algo inmutable, superior a las fuerzas de resistencia de los individuos que así la perciben¹¹, la tendencia de estos es quedar en una postura fatalista y desesperada. Más aún y por ellos mismo, su tendencia es buscar fuera de la realidad misma, la explicación para su imposibilidad de actuar.

La percepción mágica de la realidad, condicionada por esta, provoca una acción también mágica frente a ella, a través de la cual el hombre intenta defenderse de lo incierto.¹²

¹⁰ Este nos parece que debe ser críticamente estimulado en todas las dimensiones de la labor de la Corporación de la Reforma Agraria en los asentamientos. A nuestro juicio, las actividades en un asentamiento, cualesquiera que sean, las de asistencia técnica en sus múltiples aspectos, como las sanitarias con medios para auténtica promoción campesina. Promoción en la cual se encuentra implícito el cambio cultural, que implica el cambio de las actitudes, de la valoración, etc, de ahí que los técnicos que trabajan en un asentamiento no pueden ejercer su técnica por ella misma –lo que tiende a la mitificación de la técnica- sino que, hacer de ella un instrumento de promoción humana, es solamente como la técnica cobra sentido.

¹¹ En entorno de las “situaciones límites” y del “motivo viable” tema correspondiente al trabajo de estas consideraciones, ver Paulo Freire- “A propósito del tema generador”.

Podría decirse que el cambio de la percepción sólo sería posible con el cambio de la estructura, en razón misma de su condicionamiento por ésta.

Tal afirmación, si es tomada desde un punto de vista críticamente riguroso, puede conducir a interpretaciones mecanicistas de las relaciones percepción-mundo.

Por otro lado, para evitar cualquier confusión entre nuestra posición y una postura idealista, es necesario que intentemos aclarar lo que entendemos por cambio de percepción.

Reconocemos –y ya lo afirmamos- que sólo podremos entender al hombre en el mundo.

Sabemos que la verdad del mundo no se encuentra sólo en el “hombre interior”, puesto que, sólo pudiendo ser en el mundo, no hay siquiera este “hombre interior”¹³, como un ser dicotomizado del mundo en y con el cual se halla.

El cambio de la percepción de la realidad puede darse “antes” de la transformación de esta, luego que se quitó el término “antes” la significación de dimensión estancada del tiempo, con que lo puede acuñar la conciencia ingenua.

La significación de “antes”-aquí, no es la del sentido común, ni siquiera formalmente en lo gramatical. El “antes”... aquí, no significa un momento anterior, que estuviera separado del otro por una frontera rígida. El antes, por el contrario, toma parte del proceso, participa de la estructura social, envolviendo a los hombres, ya como un pasado que fue presente, ya como una anterioridad presente a la estructura.

De esta forma, una percepción distorsionada de la realidad en este “antes” del cambio estructural, puede ser cambiada en la medida en que el “hoy” en el cual se está verificando el antagonismo entre cambio y estabilidad ya es en sí un desafío que pone a prueba la percepción misma de la realidad.

Cuando más se profundiza este antagonismo, más se vuelve la realidad condicionante de la percepción y esto es suficiente para que se verifique el cambio en la percepción.

Ahora bien, aprovechando este tema característico del “anterior presente”, cabe al trabajador –problematizando al hombre el clima contradictorio de su “hoy-anterior-presente” al cambio estructural-, intentar el cambio de su percepción distorsionada de la realidad, por una percepción crítica de la misma.

Este cambio de percepción, que se da en la problematización de una realidad concreta, en el entrecruce de contradicciones, implica un nuevo enfrentamiento del hombre con su realidad. Implica admirarla en su totalidad; mirarla de “dentro” y desde “adentro”; escindirla en sus partes y volver admirarla, ganando así una percepción más crítica y profunda de su estar en la

¹² Partiendo de estas observaciones llenas de significado, (el autor se refiere a manifestaciones realizadas por Malinowski). Malinowski formuló su teoría de que la tendencia mágica servía para disminuir la incertidumbre en las actividades de orden práctico del hombre, para fortalecer su confianza, para reducir su ansiedad y para abrir vías de escape en situaciones aparentemente sin salida. La magia representa una técnica suplementaria para conseguir ciertos objetivos prácticos. El autor llama la atención, aún para el hecho de que Malinowski introdujo en la teoría de la magia, a través de sus observaciones, elementos nuevos, tales como las relaciones entre la magia y lo fortuito, la magia y lo incontrolable.

¹³ Morleau Ponty.. “Fenomenología de la Percepción” Fondo de Cultura Económica – México-1957 Prólogo. Pág. 9

realidad que lo condiciona. Implica una “apropiación” del contexto; una inserción en él; un ya no quedar “adherido” a él; un ya no estar casi “bajo” el tiempo sino en el tiempo. Implica reconocerse hombre. Hombre que debe actuar, pensar, crear, transformar, y no adaptarse fatalistamente a una realidad deshumanizante.

Implica,... finalmente el ímpetu de cambiar para ser más.

El cambio de la percepción distorsionada del mundo es la concientización, algo más que la toma de conciencia, que puede ser incluso ingenua.

Intentar la concientización de los individuos con quienes trabaja, mientras con quienes también se concientiza, esto y no otro, nos parece que es el rol del trabajador social que optó por el cambio.